

## I. ESTUDIOS

### LA REPRESENTACION DE LA TIERRA DE CHILE EN CINCO TEXTOS DE LOS SIGLOS XVI Y XVII\*

*Lucía Invernizzi S.C.*

La frecuente presencia de la tierra de Chile como objeto de discurso y los distintos modos de su representación literaria en los siglos XVI y XVII invitan a volver sobre los textos de esa etapa inaugural de nuestras letras para observar la imagen de la realidad chilena que ellos trazan y para determinar constantes y variantes que ofrece la representación de ella. Esto es lo que me propongo en el análisis de los siguientes textos: *Cartas de Pedro de Valdivia*, *Crónica y relación copiosa y verdadera de los Reinos de Chile* de Gerónimo de Vivar, *Historia de Chile desde su descubrimiento hasta el año de 1575* de Alonso de Góngora y Marmolejo, *La Araucana* de Alonso de Ercilla e *Histórica relación del Reyno de Chile* de Alonso de Ovalle<sup>1</sup>.

\*Este trabajo se elaboró para una clase del curso "El hombre y el medio en la literatura chilena", dictado por profesores del Departamento de Literatura en la Escuela de Temporada que realizó la Universidad de Chile en enero de 1984. Agradezco a la profesora Ana María Cúneo, su estímulo para publicarlo y al profesor Luis Vaissman, la cuidadosa revisión del texto y sus valiosas observaciones.

<sup>1</sup>Utilizaré las ediciones que a continuación se indican: Valdivia, Pedro de, *Cartas de relación de la Conquista de Chile*, 2ª ed. crítica de Mario Ferreccio, Santiago, Ed. Universitaria, 1978 (Escritores coloniales de Chile, N° 5); Vivar, Gerónimo de, *Crónicas y relación copiosa y verdadera de los Reinos de Chile* (1558), ed. de Leopoldo Sáez-Godoy. Berlín, Colloquium Verlag, 1979 (Bibliotheca Ibero-Americana, Bd. 27). Cabe destacar el cuidado y rigor del trabajo del profesor Sáez-Godoy en la preparación de ésta, sin duda, la mejor edición del texto de Vivar; Góngora Marmolejo, Alonso de, *Historia de Chile desde su descubrimiento hasta el año de 1575*, en *Colección de Historiadores Nacionales de Chile y documentos relativos a la Historia Nacional*. Tomo II, Santiago, Imprenta del Ferrocarril 1862, pp. 1-212; Ercilla, Alonso de, *La Araucana*, edición de Marcos A. Morínigo e Isaías Lerner, Madrid, Editorial Castalia, 1983, 2 Vols. (Clásicos Castalia 91-92); Ovalle, Alonso de, *Histórica relación del Reyno de Chile y de las misiones y ministerios que ejercita en él la Compañía de Jesús*. Ed. del Instituto de Literatura Chilena, Santiago, Ed. Universitaria, 1969 (Serie A Escritores de Chile N° 1).

El examen del asunto propuesto como objeto de este trabajo, además de aportar antecedentes sobre nuestra literatura de los orígenes, tal vez proporcione sugerencias válidas para nuestra actual percepción de la realidad chilena y para nuestra preocupación por ella.

## I

La tierra de Chile se incorpora como objeto de representación en nuestras letras en el discurso valdiviano el que se estructura como *carta de relación*, una de las formas básicas de la literatura histórica que, desde Colón, se actualiza con frecuencia en los escritos de la época del descubrimiento, conquista y colonización del Nuevo Mundo.

La carta de relación, y en general las distintas formas o géneros de literatura histórica de esa época, se orientan a informar al monarca, o a funcionarios u organismos españoles acerca de los sucesos acaecidos en los nuevos territorios que se anexaban a la Corona, cumpliendo así con un mandato oficial que obliga a los representantes del Imperio en el Nuevo Mundo, a informar sobre sus acciones. El cumplimiento de esta obligación llevó a los agentes de las acciones de descubrir, conquistar y poblar el continente a convertirse también en agentes de la actividad de escribir comunicaciones que den cuenta de sus actos y entreguen al real receptor antecedentes sobre esta realidad nueva y desconocida. Así, especialmente en el período inicial del proceso, los mismos protagonistas de los hechos históricos son quienes los registran, narran las hazañas y describen los escenarios donde ocurren. Armas y letras, plumas y espadas se unen en un mismo sujeto para servir leal y eficazmente al Monarca y a España tomando posesión del Nuevo Mundo en el doble sentido del acto militar y político que incorpora nuevos reinos al Imperio y del acto verbal que, al dar nombre, describir, caracterizar la nueva realidad se apropia de ella, le confiere una forma, una identidad con la cual la integra en el ámbito de lo conocido, la descubre y conquista para la conciencia del hombre europeo.

Pero instaurar la escritura que revele el Nuevo Mundo a quien no lo conoce, sin disponer de modelos propios y correspondientes a la novedad del objeto constituyó una tarea de búsqueda y de puesta en operación de recursos verbales y elementos de la tradición que resultaran aptos y eficaces para vencer el silencio y constituir un discurso inteligible que permita al receptor conocer y comprender el objeto de la referencia.

Estos factores, condicionantes del acto de producción de los textos sobre el descubrimiento, conquista y colonización del Nuevo Mundo, gravitan también en la situación y acto de enunciación de los discursos,

los que por referirse a una materia de *difícil comprensión para la facultad cognoscitiva del público* vienen a ser actualizaciones del tipo que la Retórica denomina *obscurum genus*<sup>2</sup>.

En este tipo discursivo, la situación de enunciación se determina por la diferencia en la posesión del conocimiento sobre el objeto o materia del discurso que tienen los sujetos protagonistas de ella: mientras el emisor es el poseedor del conocimiento, el receptor es quien carece de él, siendo, entonces el discurso el medio que permitirá llenar esa carencia. Para alcanzar ese objetivo, el emisor deberá desplegar todos los recursos que favorezcan la inteligibilidad del discurso y la comprensión de la materia por parte del receptor.

En el caso de los discursos sobre el Nuevo Mundo, el conocimiento que posee el emisor corresponde al obtenido por experiencia personal y directa observación de la realidad, materia de su discurso, ello, más la condición de sujeto obligado a comunicar ese conocimiento, singulariza al hablante y determina su relación con el receptor, el monarca español que, en la situación enunciativa, representa al sujeto desconocedor de la materia, requerido de información.

La índole jerárquica de la relación entre los dos sujetos de la enunciación crea también exigencias y determina modos de estructuración del discurso, constituyéndolo en manifestación de servicio de un vasallo a su señor que debe cumplir no sólo la función de proporcionar información verdadera, sino también de agrandar y brindar entretenimiento al destinatario —“docere et delectare”. Para alcanzar ese doble propósito, el emisor organiza un discurso regulado por la normativa cortesana, que en su estructura, modos de referencia, niveles de lenguaje y estilo se ajusta a la modalidad de la conversación del cortesano con el príncipe la cual, para el Renacimiento, tiene su modelo y su valoración como superior manifestación de servicio en el Libro Segundo de *El Cortesano* de Baltazar de Castiglione.

Pero en esta estructura de discurso que responde a los tipos “*obscurum genus*” y cortesano conversacional se inserta además la del tipo deliberativo<sup>3</sup> en cuanto cartas relatorias, e incluso crónicas, relaciones, historias, comentarios escritos por descubridores, conquistadores y colonizadores de América se proponen actuar sobre el destinatario

<sup>2</sup>Fundo estas afirmaciones en los conceptos atraídos por Heinrich Lausberg en *Manual de Retórica Literaria*, Madrid, Ed. Gredos, 1975, 3. Vols. (Biblioteca Románica Hispánica) (Versión española de José Pérez Riesco). Las citas sobre el “*obscurum genus*” corresponden a Vol. 1, p. 115.

<sup>3</sup>Sobre el género epideíctico, Lausberg Heinrich, op. cit., pp. 108-109 y especialmente pp. 203-212.

persuadiéndole acerca de la conveniencia de adoptar determinadas actitudes frente a los hechos que se le refieren, tomar ciertas decisiones, conceder lo que se solicita mediante el discurso. Los enunciados adquieren el carácter de testimonio o prueba de valores, méritos y verdades en los que se legitiman peticiones y que deberán influir en el destinatario moviéndolo a tomar decisiones convenientes para los propósitos que animan al hablante. El discurso se hace así narración de hechos notables, probanza de méritos e instrumento para el reconocimiento del sujeto protagonista de las hazañas que es, en el plano de la enunciación, el propio emisor del discurso que, en cuanto testigo y protagonista de los hechos que narra, sostiene la verdad de sus enunciados fundándose en el criterio de "lo visto y lo vivido".

Esta estructura básica de discurso, forjada en la concurrencia de formas provenientes de varias vertientes, se actualiza en las cartas de Pedro de Valdivia, las que se proponen dar cuenta a Carlos V, a Hernando y Gonzalo Pizarro, al Consejo de Indias, a sus apoderados en la Corte y al Príncipe Felipe, de los servicios realizados por el propio Valdivia en la Conquista de Chile y de las razones que explican y justifican sus acciones, las cuales, en la referencia se configuran como trabajos, penurias, privaciones, padecimientos, luchas que, por haberse sufrido por realizar el ideal de servir a Dios, al Monarca y al Imperio constituyen hechos notables, hazañas que la narración destaca en su magnitud y elevación como dignas de ser conocidas, recordadas y reconocidas como méritos que engrandecen a su protagonista, le hacen merecedor de la fama y *de todas las mercedes que V.M. será servido de me mandar hacer y las que yo en esta carta pediré*<sup>4</sup>.

El énfasis en la orientación deliberativa del discurso valdiviano, determina el relieve y predominio que en él alcanza la narración de hechos heroicos y, como consecuencia, la presencia reducida de momentos descriptivos. Escasamente encontramos en él descripción en sentido estricto. La representación de la tierra de Chile, escenario de la lucha heroica, se va conformando más bien en referencias esparcidas en el discurso fundamental narrativo-deliberativo. Estas referencias carecen de autonomía, son dependientes de la representación de acciones humanas, de hechos heroicos protagonizados por Valdivia y sus hombres en la conquista de Chile. Los enunciados descriptivos, por lo tanto, se subordinan a las unidades narrativas que, en su totalidad configuran el relato de una aventura heroica que el discurso valdiviano estructura como proceso completo en sus fases de motivación, desarrollo y resultados.

<sup>4</sup>Valdivia, Pedro de, op. cit., p. 26.

Dentro de ese proceso, la tierra de Chile es primeramente el objeto deseado, hacia cuya posesión y dominio tiende la acción del agente; pero a la vez, el factor motivador de la acción, aun cuando la figurada mención inicial enfatiza la condición negativa que pesa sobre la realidad chilena luego del fracaso de Almagro —es la *tierra mal infamada* de la cual huyen los hombres *como de la pestilencia*<sup>5</sup>; objeto no deseable, incluso rechazable, para el hombre común que, en la interpretación valdiviana, es el motivado por el interés material y por el propósito de logro fácil de riquezas y gloria, pero no para aquellos que, como Valdivia, se inspiran en el ideal superior de servir a Dios y al monarca, no reparando en la dificultad de la empresa, al contrario, motivándose y estimulándose en ella.

El momento siguiente de la narración de hechos, enfrenta al héroe —Valdivia— con el medio chileno y éste se le revela en su condición hostil. Es el obstáculo, la fuerza adversaria que se yergue oponiéndose a los propósitos del conquistador. Los enunciados refieren al medio en cuanto carencias, rigor de los fenómenos naturales, ámbito de acción del adversario y donde se desarrolla la guerra.

La carencia concierne a los recursos necesarios para la mantención de la hueste conquistadora porque la tierra no los ofrece a la mano y los indígenas esconden las escasas provisiones y se niegan a proporcionarlas. Los héroes enfrentan los *trabajos del hambre* que el hablante proclama en su valor de prueba máxima a la que es sometido el soldado: *Los trabajos de la guerra, invictísimo César, puéndelos pasar los hombres porque loor es al soldado morir peleando; pero los de la hambre concurriendo con ellos, para los sufrir más que hombres han de ser*<sup>6</sup>.

Tampoco es fácil conseguir el oro necesario para *mover los ánimos de los soldados* a venir desde Perú a sostener la tierra y necesario también para que el conquistador pueda amortizar las ingentes deudas contraídas para financiar su empresa. Y esta tierra-obstáculo que niega sus recursos y somete a los hombres a privaciones y padecimientos, los agrede también con la intensidad extremada de los fenómenos naturales. Las figuradas menciones a *la furia del invierno*, al mes de junio *riñón del invierno* o las referencia a un invierno *tan grande y desafortado en lluvias, tempestades que fue cosa monstruosa que como es toda la tierra llana, pensamos de nos anegar*<sup>7</sup> van trazando la imagen de una naturaleza hostil que agrede con el rigor de fenómenos de extremada violencia.

En ese medio natural, además, habita un adversario aguerrido y

<sup>5</sup>Valdivia, Pedro de, op. cit., p. 27.

<sup>6</sup>Valdivia, Pedro de, op. cit., p. 33.

<sup>7</sup>Valdivia, Pedro de, op. cit., p. 38.

valeroso que enfrenta a los españoles oponiéndoles dos tipos de resistencia: la acción agresiva directa, en encarnizados combates y el que Valdivia denomina *la guerra de veras*, negándose a sembrar, escondiendo y destruyendo provisiones, privando a los españoles de todo sustento.

Así, enclavadas en la secuencia narrativa mayor que desarrolla el proceso de la tarea heroica, las referencias a la tierra de Chile ocupan el lugar de las secuencias de los obstáculos, del operar de las fuerzas opositoras al héroe y ello fija su imagen de ámbito agresivo, hostil a la acción humana frente a la cual actúa como adversario.

Las secuencias narrativas siguientes presentan al héroe actuando sobre los obstáculos, desplegando todos los medios a su alcance para vencerlos y en la medida que esa acción se ejerce, además de revelar al héroe en su eficacia y en la grandeza de sus virtudes, va produciendo la modificación, la gradual transformación del medio.

La carencia inicial se resuelve *con el trabajo de nuestras manos: para perseverar en la tierra y perpetuarla a V.M., habíamos de comer con el trabajo de nuestras manos como en la primera edad*. Cavando, arando, sembrando la tierra se va superando la extrema limitación y privación primeras pues la tierra responde generosamente al esfuerzo humano. El hablante proclama así el feliz resultado: *y porque en esta tierra se pueden sustentar todos los que están y vinieren, atento a que se cogerán de aquí a tres meses, por diciembre, que es el medio del verano, en esta ciudad diez o doce hamegas de trigo<sup>8</sup> y maíz sin número y de las dos porquezuelas y el cochinitillo que salvamos cuando los indios quemaron esta ciudad, hay ya ocho o diez mil cabezas, y de la polla y el pollo, tantas gallinas como yerbas que verano e invierno se crían en abundancia<sup>9</sup>*. Reedificando la ciudad, construyendo casas y murallas, extremando la vigilancia para contener el ataque de los indios, multiplicándose prodigiosamente en los "trabajos de la guerra" y en los de la organización de la vida ciudadana se logra pacificar la tierra, convertirla en ámbito natural benigno y pródigo y en morada apta para residir definitivamente.

La acción de conquista, unida a la acción colonizadora, la eficacia militar más el esfuerzo y el trabajo humanos han vencido los obstáculos y conducido al héroe al triunfo y el signo de su victoria, la comprobación de que ha realizado plenamente sus propósitos, se fija en las secuencias que clausuran el proceso narrativo, enunciando los resultados de la gestión.

<sup>8</sup>Elevada cifra de producción de trigo si se piensa que ella se origina en las exiguas "dos almuerzas" salvadas de la destrucción de Santiago, Valdivia, Pedro de, op. cit., p. 30.

<sup>9</sup>Valdivia, Pedro de, op. cit., p. 42.

En esas secuencias finales, donde ya el discurso se empieza a tornar enfáticamente deliberativo —pues concluida la narración de hechos, se inicia la enunciación de peticiones—, es donde se insertan los momentos propiamente descriptivos de la tierra de Chile en el discurso valdiviano. Ellos conforman una unidad estructurada de acuerdo con el patrón establecido por la retórica para el discurso epideíctico panegírico<sup>10</sup> de sitios y lugares geográficos cuya función es mostrar las excelencias de un territorio. Tipo discursivo éste de prestigiosa tradición hispánica conformada por las *Laudes Hispaniae* de San Isidoro de Sevilla, de Alfonso X el Sabio, del *Poema de Fernán González*, del *Poema de Alexandre*.

Con esa forma, la más apta para destacar las virtudes del objeto, y desde la actitud de admiración y encomio, el hablante culmina el proceso de referencias a la tierra chilena, el que se ha ido construyendo en estricta dependencia respecto al discurso narrativo-deliberativo fundamental incluso en este momento final donde la “laus”, de la tierra de Chile, sirve también al propósito de valorar acciones y de pedir reconocimiento de los méritos de quien ha realizado la magna empresa de conquistarla, tomar posesión y ofrecerla como ámbito digno, como el que más, de pertenecer al Imperio de la Universitas Christiana. El panegírico de la tierra es así subsidiario del panegírico del héroe y la imagen de la tierra ideal que sustenta, se ofrece como medida de la grandeza de la acción que ha conquistado y transformado la *tierra mal infamada* en sitio óptimo, *el mejor pedazo de tierra que hay en el mundo* para establecerse y residir.

Las Cartas II y VIII, ambas dirigidas a Carlos V, ofrecen las más cabales manifestaciones de “laudes chilenses” en el discurso de Pedro de Valdivia.

Con modalidades introductoras que evidencian el carácter deliberativo dominante del discurso valdiviano como son las correspondientes al lenguaje del pregón, la proclama o la invitación, en la Carta II y la fórmula jurídica de aseveración de verdad seguida de la retórica del tópico del sobrepujamiento, en la Carta VIII<sup>11</sup> se abren, en cada caso, las unidades propiamente descriptivas que conforman el panegírico de la

<sup>10</sup>Sobre el género epideíctico, Lausberg, op. cit., pp. 109-110 y 212-221. Para el discurso panegírico de países, ciudades y lugares geográficos, además, Curtius, Ernst. *Literatura europea y Edad media latina*, 1ª reimpression, México, F.C.E. 1975, 2 Vols. (Lengua y Estudios Literarios) (Traducción de Margit Frenk Alatorre y Antonio Alatorre); vid, Vol. I pp. 228-229.

<sup>11</sup>Carta II: “y para que haga saber a los mercaderes y gentes que se quisieren venir a avecindar que vengán” (p. 43). Carta VIII: “Certifico a V.M. que, después que las Indias se comenzaron a descubrir hasta hoy, no se ha descubierto tal tierra a V.M.” (p. 156).

tierra chilena. Este se organiza como serie de unidades relacionadas por coordinación que funcionan como determinantes de los verbos *es* y *tiene* dentro de una estructura sintagmática cuyo sujeto es *tierra*. Cada unidad afirma atributos de ese sujeto. Así en la Carta II: *esta tierra es tal que para poder vivir en ella y perpetuarse no la hay mejor en el mundo-dígolo porque es muy llana, sanísima, de mucho contento, tiene cuatro meses de invierno no más, que en ellos, si no es cuando hace cuarto de luna, que llueve un día o dos, todos los demás hacen tan lindos soles, que no hay para qué llegarse al fuego. El verano es tan templado y corren tan deleitosos aires que todo el día se puede el hombre andar al sol, que no le es importuno. Es la más abundante de pastos y sementeras, y para darse todo género de ganados y plantas que se puede pintar; mucha y muy linda madera para hacer casas; infinidad otra de leña para el servicio dellas, y las minas, riquísimas de oro, y toda la tierra está llena dello, y donde quiera que quisieren sacarlo, allí hallarán en qué sembrar y con qué edificar, y agua, leña y yerba para sus ganados; que parece la crió Dios aposta para poderlo tener todo a la mano*<sup>12</sup>.

De los variados recursos que la tradición literaria ofrece para constituir la imagen de una tierra ideal, en términos de un discurso epideíctico panegírico, el hablante elige y pone en operación aquellos que mejor convienen al propósito de dar a conocer esta tierra a quien no la conoce, destacar sus cualidades para encarecer así el mérito y el valor de haberla conquistado y también para persuadir a los hombres que vengan a avecindarse en ella, acción imprescindible para afianzar y continuar el proceso de conquista, colonización y población de la tierra. Esos recursos son: los tópicos de la "tierra de la abundancia", poseedora de la variedad y riqueza de los tres reinos naturales, del "lugar de la eterna primavera" y del "sobrepujamiento"; figuras como la hipérbole y, a nivel sintáctico, construcciones plurimenebres conformadas especialmente por adjetivos calificativos y de cantidad, varios de ellos en su forma superlativa.

Del repertorio disponible, el hablante ha elegido los recursos más propios del tradicional discurso panegírico de la tierra y que frecuentemente se encuentra en la representación literaria del Nuevo Mundo en la época del Renacimiento. Resulta significativo, sin embargo, que la elección del hablante del discurso valdiviano no acoja los tópicos del paraíso terrenal ni del "locus amoenus", consagrados por prestigiosa tradición literaria como fórmulas de mención de lugares óptimos. En vez de ellos, "tierra de la abundancia" como tópico central para construir la imagen de un lugar ideal, que lo es porque ofrece todo lo

<sup>12</sup>Valdivia, Pedro de, op. cit., pp. 42-43. Con variantes, pero dentro del mismo esquema discursivo básico, se desarrolla la "laus" en la carta VIII, vid, pp. 156-157.

necesario para la vida humana, porque dispone de todos los elementos que, elaborados por el hombre, permiten construir un espacio de cobijo y residencia. Naturaleza que el hombre transforma en cultura, que se abre al trabajo y corresponde los esfuerzos humanos, entregando sus frutos generosamente; lugar para la acción, no para la vida contemplativa y el solaz como el bíblico paraíso y los idílicos “locus amoenus”.

Revestida con formas que la tradición había conferido a los lugares ideales y en imágenes que ligan estrechamente el medio físico a la acción humana que impone dominio sobre la naturaleza y es capaz de transformar una “tierra mal infamada” y enemiga en el ámbito mejor del mundo para vivir y perpetuarse, la tierra de Chile se descubre a Carlos V y en él al hombre europeo, ofreciéndose como espacio feliz para hacer realidad muchas aspiraciones —el humanista anhelo de una vida y sociedad mejores, el ansia renacentista de gloria y fama— y donde también hallarán satisfacción los humanos deseos de riqueza, la posesión de ese oro que, el hablante afirma, es abundantísimo en esta tierra. Pero donde realizar esos ideales demanda trabajo y esfuerzo, exige esas *cien gotas de sangre y doscientas de sudor*<sup>13</sup> que parecen ser el costo de la transformación de la “tierra mal infamada” en lugar ideal. Y esa imagen se forja en un proceso descriptivo subordinado al narrativo-deliberativo y que avanza en gradual intensificación desde escuetas referencias hasta su culminación en las “laudes chilenses” de las cartas II y VIII.

Algunos de los rasgos de la representación valdiviana de la tierra chilena, se mantienen en obras posteriores de los siglos XVI y XVII. Evidentemente ellas proponen variantes significativas. Algunas de ellas me interesa destacar aquí.

## II

Consideremos primero la *Crónica y relación copiosa y verdadera de los Reinos de Chile* de Gerónimo de Vivar, terminada de escribir el 14 de diciembre de 1558. Por su fecha de escritura es el texto sobre la Conquista de Chile que sigue a las *Cartas* de Valdivia.

Ya desde el título, la obra de Vivar plantea un problema para la determinación del tipo de texto, ya que *crónica y relación* identifican géneros de discurso y tipos textuales diferentes, en la literatura histórica tradicional y en la de la conquista y colonización de América. En ese contexto, relación tiene el sentido específico de “relato, informe solici-

<sup>13</sup>Mención que aparece en la Carta VIII, p. 125.

tado por la Corona” que debe ajustarse a un cuestionario confeccionado y distribuido por el Consejo de Indias que constituye la pauta para organizar el texto que responde a ese pedido oficial de información<sup>14</sup>. Esos cuestionarios, que sufren modificaciones a lo largo del siglo XVI hasta codificarse después de 1576, contemplan siempre determinados rubros: situación geográfica de los lugares descubiertos y conquistados, nombre indígena de ellos y explicación del nombre, identificación de descubridores y conquistadores, año y circunstancias en que se anexan al Imperio, caracterización del territorio en cuanto clima, orografía, ríos, productividad, habitantes, etc.<sup>15</sup>.

Crónica, en cambio es “informe del pasado o anotación de los acontecimientos del presente fuertemente estructurados por la secuencia temporal. Más que relato o descripción la crónica, en su sentido medieval, es una “lista” organizada sobre las fechas de los acontecimientos que se desean conservar en la memoria”<sup>16</sup>. Sin embargo, en su desarrollo histórico, la crónica se va desplazando desde esa condición original de “seco informe temporal” hacia su estructuración como “discurso bien escrito en el cual las exigencias de la retórica interfieren con el asiento temporal de los acontecimientos”<sup>17</sup>. Ello y la organización de los hechos, no sólo desde el principio de la cronología, sino desde categorías interpretativas, aproxima la crónica al tipo de textos denominado *historia* el que, al incorporar el elemento temporal que no incluía en su origen, “desplaza a la crónica como actividad verbal”. En el siglo XVI, crónicas y anales van desapareciendo reemplazados por la *historiae* (narración del tipo *gesta* o del tipo *vitae*...) <sup>18</sup>.

En este sentido que la asimila a historia, se emplea el vocablo crónica en los escritos sobre el descubrimiento y conquista del Nuevo Mundo.

Así en Vivar, donde el discurso se orienta a destacar especialmente los hechos heroicos de Don Pedro de Valdivia, valorado como ejemplar

<sup>14</sup>Estas distinciones y la caracterización de estos tipos o géneros de literatura histórica se cogen del trabajo “Cartas, crónicas y relaciones del descubrimiento y conquista” de Walter Mignolo, que constituye un capítulo de la *Historia de la Literatura Hispanoamericana*. Tomo I *Época Colonial*, Madrid, Ed. Cátedra, 1982, volumen coordinado por Luis Iñigo Madrigal. En el aspecto aquí aludido, como en muchos otros atinentes a los textos sobre el descubrimiento, conquista y colonización de América, el estudio del profesor Mignolo me ha resultado muy esclarecedor y valioso.

<sup>15</sup>Las consideraciones sobre “relación” se entregan entre las pp. 70-75 del citado trabajo del profesor Mignolo.

<sup>16</sup>Mignolo, Walter, op. cit. p. 75. Las formas “crónica”, “anales” e “historia” son también objeto de rigurosa consideración en White, Hayden “The Value of narrative in the representation of Reality” *Critical Inquiry* 57 (Autumn 1980) pp. 5-27.

<sup>17</sup>Mignolo, Walter, op. cit., p. 76.

<sup>18</sup>Mignolo, Walter, op. cit., p. 76.

servidor del rey y figura digna de admiración, recuerdo e imitación. La vida de Valdivia en cuanto consagrada al servicio del Imperio español, se convierte en el eje para la organización del discurso y esa secuencia narrativa de sus acciones heroicas se regula por la cronología. En torno a ese eje estructurador, se inserta el discurso del tipo "gesta", puesto que las acciones de Valdivia comprometen a un conjunto más amplio que la sola individualidad: son los hechos heroicos del Imperio, no sólo en Chile, sino en general, en el ámbito más austral del continente conquistado. Pero, además, se inserta el discurso que hemos definido como relación en cuanto que el hablante dedica extensos momentos a la referencia al asunto propuesto en estos términos: *ciudades que se poblaren y provinçias que se descubrieren y temples de tierra y de árboles y de yerbas y de ríos tan caudalosos y de todos los puertos de mar que se descubrieren y en los grados que cada uno está y las batallas que con esos infieles uvieren y de las diferencias de lenguas y diferentes traxes y de sus costumbres y rritos y cirimonias tan diferentes*<sup>19</sup>. El desarrollo de este asunto se hace en un discurso descriptivo que avanza con discontinuidad, pues, en la disposición total del texto, va intercalado en el discurso narrativo de acciones heroicas que es el fundamental. Sin embargo, la descripción ocupa un espacio importante del texto de Vivar y, a pesar de la segmentación con que se presenta, constituye una unidad identificable con la forma textual de la relación, si bien no ajustada estrictamente al modelo antes caracterizado.

Tres tipos básicos de discursos historiográficos 'vita', 'gesta' y relación, regidos por el primero, se entretajan así en la obra de Vivar, en una estructura frecuente en los textos del descubrimiento, conquista y colonización de América, que resulta de la integración o entrecruce de formas discursivas y textuales diversas, las que al concurrir en un mismo espacio se modifican, actualizándose como formas que no se corresponden estrictamente con el tipo original. Vienen a ser, entonces, modalidades nuevas, inclasificables dentro de categorías tradicionales, frente a las cuales presentan diversos grados de transgresión. Su novedad y diferencia revela el intento de encontrar la expresión que más propiamente pueda revelar una realidad también nueva y diferente que parece no encontrar en los modelos establecidos, el medio apto para manifestarse en su condición esencial, en su singularidad y diferencia.

Es en la relación donde se funda la imagen del medio chileno que nos ofrece Gerónimo de Vivar quien, como hablante, sostiene su discurso desde la perspectiva del testigo alternando con la del protagonis-

<sup>19</sup>Vivar, Gerónimo de, op. cit., p. 4.

ta. Al igual que en el discurso valdiviano, la descripción del medio se enclava dentro de la secuencia mayor que narra hechos heroicos. Es decir, se subordina al discurso narrativo fundamental que se orienta a destacar el valor de hombres —especialmente del héroe Pedro de Valdivia— y de hechos notables que deben rescatarse del silencio y del olvido, darles la fama que merecen y proponerlos como modelos de comportamientos heroicos al servicio del Imperio para incitar a otros a seguir el ejemplo.

Los momentos descriptivos se articulan en el relato del avance de Pedro de Valdivia y su hueste desde el Perú a Chile, relato que se organiza de acuerdo con la cronología —criterio propio de la crónica— pero también de acuerdo con el eje geográfico norte-sur que es la dirección en que se desarrolla la conquista.

Este criterio geográfico regula la descripción del territorio chileno dándole un orden que se inicia en la referencia a valles y desiertos nortinos, se continúa en valles centrales, centrándose en el área regada por el Mapocho, para terminar con las descripciones de la zona austral hasta el límite de la ciudad de Valdivia.

En esa descripción, el medio chileno se representa como ámbito en que se realiza una hazaña, en el doble sentido de lucha por dominar un mundo hostil y agresivo que opera como obstáculo y adversario, y de acción que lo transforma al colonizarlo, haciéndolo pasar del estado de naturaleza al de civilización. El modo de la representación y del discurso descriptivo reitera el esquema de las *cartas* de Valdivia. Sin embargo, la descripción del medio como escenario épico, alcanza en Vivar mayor relieve, al desarrollarla con una extensión mayor que permite entregar una visión de la realidad chilena en su riqueza y variedad de aspectos y matices. Esta amplitud mayor de la descripción, a pesar de su básica dependencia del discurso narrativo, le confiere mayor autonomía textual. De hecho, el hablante le concede capítulos enteros, claramente diferenciados dentro del texto. El conjunto de esos capítulos conforma la relación.

El capítulo xvii, descriptivo del Valle de Copiapó, ilustra lo dicho y ofrece un ejemplo de cómo Vivar construye el discurso descriptivo:

*Este valle de Copiapó es el principio d' esta gobernación de Chile. Y porque en él tomó el general Pedro de Baldivia la posesión en nombre de su magestad, es bien que contemos la calidad d'él.*

*Este ualle de las syerras nevadas, de donde procede, fasta la mar tiene de conpas las quince leguas, como tengo dicho. Tiene de ancho vna legua y en parte más. Corre por este valle vn rrio pequeño, que basta rregar sementeras de los naturales que en él ay (que en esta sazón avia mill yndios). Este rrio antes que entre en la mar se sume, y junto a la costa torna a salir.*

*En este valle no llueve, syno ay aquellas neblinas, que ya tengo dicho, quando es el ynvierno.*

*Dase mayz, e tan grandes y gruesas / las cañas, que ninguna provincia de las que yo e visto y andado no e visto darse tan bien como en este valle, porque en otras provincias da cada caña dos y tres maçorcas; y aquí, quatro y cinco. Es muy buen mayz. Darse frisoles e papas e quinoa (q'es esta quinoa es una yerua como bledos. Lleva unos granitos e vna espiga o dos o tres, que da / en los cogollos que lleva. Es tan alta como vn estado y menos. Y los granitos que digno son a manera de mostaza y mayores. Quezen estos granitos los yndios e comenlos. Es buen mantenimiento para ellos).*

*Dase en este valle algodón. Andan los yndios bien vestidos del algodón y de lana de ovejas que tienen.*

*Ay minas de plata, cobre y de otros muchos metales. / Ay yelso. Ay turquesas muy finas.*

*Los arboles que ay en este valle son algarrobas e dan muy buen fruto. Y aprovechense d' él los naturales, como tengo dicho. Ay chañares, ay calces. El traxe de los yndios es como el de Atacama. Difieren en la lengua. Es jente dispuesta, velicosa; y ellas, de buen parecer.*

*Los rritos y ceremonias / que tienen es adorar al sol como los de Atacana, porque lo tomaron de los yngas, quando d'ellos fueron conquistados. Hablan con el demonio los más por amigos se le dan. Y éstos son tenidos de los demas. Creen y usan de la predestinaciones que aquéllos les dize.*

*Su enterramiento es debajo de la tierra, no hondo.*

*La mayor cantidad de la tierra / está encima hecha monton como pila de cal. Entierranse junto a vn sytio que les parece ser buena tierra, juntamente entierran consygo sus armas y rropas e joyas.*

*El casamiento D' estos yndios es que los señores tienen a diez y doze mujeres, e los demas a vna y a dos mujeres.*

*De fuera d'este valle en las sierras ay unos arboles estraños de ver, sin hoja. Tienen / espinas muy espesas del modo de agujas de ensalmar. Syrvense los yndios y yndias d' estas espinas. Tienen los pinpollos estos arboles como el muslo y el nacimiento tan grueso como arriba. Parecen gruesos cirios. Son altos de diez palmos y más. Van puestas estas puas por sus linias. Es cosa admirable para quien no lo a visto. Dan vna / flor amarilla y otros, blanca y muy grande. Procede d' esta flor vna fruta tan gruesa como gruesos higos, y dentro llena de pipitas negrillas como granos de mostaza, mezcladas con cierto licor a manera de miel. Quando maduran se abren vn poco y son gustosos. Lllamanle los yndios en su lengua "neguey". D' estos / arboles ay en toda esta tierra en las laderas e sierras. Crianse en los secadales donde no rreciben ninguna agua.*

*Por las acequias d' este valle ay algunas yervas de nuestra España<sup>20</sup>.*

Enmarcado por la narración de acciones y dependiente de ella, según se marca en la unidad introductora, el discurso descriptivo se desarro-

<sup>20</sup>Vivar, Gerónimo de, op. cit., p. 36-38.

lla como serie de unidades que van sumando referencias a aspectos, elementos constitutivos y condiciones del medio: ubicación geográfica, dimensiones territoriales, ríos, clima, productos agrícolas, minerales, flora, habitantes y sus costumbres, etc. Sobre este mismo esquema básico se organizan todos los capítulos descriptivos de la relación de Vivar, la suma de ellos forja otra vez la imagen de Chile como "tierra de la abundancia", pero, a diferencias de Valdivia, sostenida desde la actitud de un hablante que enuncia lo observado buscando la objetividad antes que el encomio enfático. Por ello, más que al discurso panegírico, de alabanza o elogio de la tierra, la relación de Vivar se aproxima al discurso geográfico y a los discursos cuyos asuntos o materias específicas son fauna, flora, hombres, pueblos y costumbres los que en el siglo XVI, se identifican con las llamadas "historia natural y moral".

Pero, además de observador acucioso de la realidad y de relator objetivo que intenta la fidelidad de su discurso con las objetividades geográficas, naturales y humanas de Chile que son la materia de la relación, el hablante se manifiesta como perspectiva inclinada a sorprender la variedad y diferencia existentes tanto entre las distintas zonas chilenas como de ellas respecto a la realidad española. Comparaciones entre elementos de una zona y otra o con los españoles equivalentes, definiciones, minuciosa y detallada descripción son recursos frecuentes del discurso descriptivo de Vivar, mediante los cuales marca al objeto de la representación en su diferencia respecto al mundo conocido y da relieve a los elementos en que se funda su notable variedad y riqueza. Condiciones éstas ya aludidas en el plural *Reinos de Chile* del título de esta 'copiosa' relación.

Y como los atributos de novedad, diferencia y variedad del objeto del discurso, además de revelarse en el mundo natural, se manifiestan con máxima evidencia en los hombres y en sus costumbres, toda unidad descriptiva del discurso de Vivar concede atención preferente a la caracterización de diversos tipos indígenas, representándolos en su aspecto físico, vestimentas, lenguas, actividades agrarias y productivas, vicios, virtudes, usos y costumbres, creencias y ritos, organización social, viviendas, etc. El lenguaje de la caracterización propio del discurso de historia moral, cuyo objeto son hombres y pueblos, proporciona la información básica sobre distintos tipos de hombres y sociedades indígenas que el hablante distingue en el territorio chileno. Las particularidades que caracterizan y diferencian a pormocoes, picones, puelches, juríes, comechingones, ules, por nombrar sólo algunos, confirman que, al igual que en la naturaleza, en el medio humano y social, la tierra de Chile ofrece gran riqueza y variedad.

La caracterización concede especial relieve al aspecto creencias, ritos y ceremonias de los indígenas los que, desde la perspectiva del hablante, testigo y protagonista de una empresa que define como misión evangelizadora, se interpretan como manifestaciones idólatras, bárbaras, signos evidentes del dominio que el demonio ejerce sobre los indígenas. El carácter demoníaco de la religión y el culto, más el carácter aguerrido y la destreza en el oficio de las armas que todos los pueblos indígenas muestran, constituyen aspectos constantes y destacados en la caracterización de Vivar. Su realce permite medir la grandeza de la acción española de instituir la fe cristiana y de someter a un adversario que, por sus atributos, ha exigido el despliegue máximo de esfuerzos y recursos a quienes se proclaman sus vencedores.

Pero, además, tanto el discurso descriptivo de la naturaleza como el caracterizador de hombres y pueblos ponen un acento relevante en la representación de elementos, fenómenos y hechos, sorprendentes, insólitos que son los que más poderosamente suscitan la admiración del hablante. Con ello, a la imagen de la “tierra de la abundancia”, nueva, diferente, rica y variada en sus plurales manifestaciones se agrega un rasgo más: el de la maravilla, de lo fantástico producido no por trucos o artificios, ni por los mecanismos de la imaginación, sino por procedimientos naturales que suscitan prodigiosos efectos, posibles de observar por cualquier testigo u observador atento.

De entre los múltiples ejemplos que podrían atraerse, uno, en el capítulo x, de la *Crónica y relación copiosa y verdadera...* resulta ilustrativo y hermoso. Se trata de la descripción de un río nortino, al que por la propiedad de sus aguas de cuajar en sal al momento de extraerse para beber, los yanaconas de la hueste conquistadora llamaron “Suncaemayo” que quiere decir “Río Burlador”. La descripción toda, destaca como cosa admirable, la densidad salina de las aguas y los insólitos efectos que se producen al extraerla, pero es en los producidos en los hocicos de los caballos donde se enfatiza el rasgo maravilloso:

*Quando llegamos a este rrio, aviendo pasado tanta cantidad de tierra y falta de agua, y vimos aquel rrio correr, con el deseo que teniamos de ver correr agua, fuemos (sic) toda la gente a rrecibir algun rrefresco. Y como los cavallos allegaron / deseosso de beuer, pusieron los hocicos en el agua, y viendo que en el gusto hera salada, salieron fuera. Y todas aquellas gotas de agua que en los pelos de las baruas se le cayesen en tierra, se le quajaua y hazía sal. Ver a vn cavallo despues en cada pelo de barua / vna gota de sal bien pegada, parecian perlas qu' estavan colgadas del hocico<sup>21</sup>*

<sup>21</sup>Vivar, Gerónimo de, op. cit., p. 25.

Así, la tierra chilena, escenario de una gesta de máxima heroicidad, lugar además de coexistencia e integración de los más variados y diferentes elementos, se establece también como espacio de ocurrencia de fenómenos sorprendentes, de prodigios y maravillas reales, en fin, como ámbito de "lo real maravilloso", sustentado en el texto de Vivar que, en el sincretismo de formas textuales, en el entretejido de discursos diversos viene a ser el signo más propio para expresar esa realidad nueva, multifacética y polivalente, revelarla a la conciencia del receptor europeo, para que la conozca, la aprecie en su novedad, real-maravilla y diferencia y para que acuda a ella para imitar a hombres como Valdivia que han entregado incluso la vida sosteniendo la lucha por el dominio y posesión de tal tierra.

### III

Con relieve casi exclusivo del carácter de escenario épico donde, "más que en ninguna parte otra de las Indias"<sup>22</sup> se desarrolla la máxima lucha heroica que protagoniza el Imperio español en América, se representa el medio chileno en la *Historia de Chile, desde su descubrimiento hasta el año de 1575*, escrita por Alonso de Góngora y Marmolejo, concluida el 16 de diciembre de 1575. Motivada en el sentimiento de gloria del hombre del Renacimiento, esta narración histórica se propone conservar la memoria de los notables hechos que los españoles, comandados por los seis primeros gobernadores del Reino, han protagonizado en Chile.

Desde la perspectiva dominante del testigo, a veces del protagonista, se enuncia el discurso que es predominantemente narrativo de acciones y que se ordena desde el principio de la cronología, dada por la sucesión de gobernaciones comprendidas entre 1540 y 1575. El relato de los hechos concernientes a las gestiones de Pedro de Valdivia, Francisco y Pedro de Villagra, García Hurtado de Mendoza, Rodrigo de Quiroga y Melchor Bravo de Saravia, constituye el cuerpo del discurso que, además de relatar los hechos, enjuicia desde una perspectiva moral, en términos de vicios y virtudes, el comportamiento de los héroes en sus plurales manifestaciones.

Esta dimensión ética singulariza el discurso de Góngora Marmolejo y se manifiesta especialmente en el retrato de cada uno de los Gobernadores con el que se clausura la referencia a su gestión en cada caso.

La relevancia que adquiere la interpretación de los hechos, no sólo su mero registro con respecto a la secuencia temporal, y dentro de ella,

<sup>22</sup>Góngora Marmolejo, Alonso de, "Dedicatoria" a D. Juan de Ovando, Presidente del Real Consejo de Indias, op. cit., p. xi.

el énfasis del juicio moral, establece el discurso de Góngora Marmolejo como actualización del tipo básico historia en las especies “vita” y “gesta” y en la orientación al cumplimiento de la doble función de la historia como instrumento de la fama, característicamente renacentista, y “maestra de vida”, según la definición ciceroniana clásica.

Dentro de esa estructura, la descripción tiene mínimo lugar y función. Se reduce prácticamente a los enunciados del capítulo I<sup>23</sup> que son el soporte de una representación del medio chileno que busca la objetividad y que sólo manifiesta admiración y elogio por algunos aspectos del objeto: Aguas y aires saludables, habitantes, productividad de la tierra, tal vez, oro.

Reiterando los ya conocidos términos de la “tierra de la abundancia”, de lugar de encuentro de elementos variados y diferentes, Góngora Marmolejo construye una imagen del medio chileno que, por sobre esas condiciones y la de la sanidad que la hacen óptima para la vida, privilegia su carácter de realidad definida por la belicosidad de su gente que, si bien “es de mucho trabajo, buen servicio y entretenimiento, aunque bárbara”, y entre sí “la gente más bien partida que hasta hoy he visto en las Indias”, se define esencialmente como “enemiga de españoles y de toda gente extranjera”. Con lo cual se agrega un matiz de diferencia a la caracterización del indígena, pero se insiste con énfasis en la dominancia del espíritu bélico que imprime su carácter a la tierra. Esa condición tiene su signo en la figura de la “vaina de espada” con la cual se alude a la forma del territorio en la unidad inicial de la descripción y preside toda referencia al medio chileno en el relato de Góngora Marmolejo.

#### IV

Con los mismos rasgos que hacen del medio chileno el escenario épico de una lucha máximamente heroica, en los discursos de Valdivia, Vivar y Góngora Marmolejo, se lo representa también en el poema épico de Ercilla, quien en la extensa descripción inicial que ocupa casi todo el canto I de *La Araucana* cifra ese carácter en la alusión “Venus y Amón no alcanzan parte; / sólo domina el iracundo Marte”<sup>24</sup>.

Sin embargo, esa representación que reconocemos como una constante, presenta significativas variaciones en una obra como la de Ercilla que ya no es histórica (ni crónica, ni relación, ni carta, por más que esas formas se recreen y articulen en ella) sino estrictamente una obra

<sup>23</sup>Góngora Marmolejo, Alonso de, op. cit., p. 1-2.

<sup>24</sup>Ercilla, Alonso de, op. cit., vol. I, p. 130.

literaria, un poema épico que, en su estructura, responde a la modalidad del género en la época del Renacimiento y, más específicamente, en el momento final de ella, que es el Manierismo.

Esas variantes se conectan con el asunto que la crítica ha señalado como una limitación y que se ha formulado como “la ausencia del paisaje en el poema”<sup>25</sup> lo que en verdad quiere decir: ausencia de una representación de la naturaleza chilena que haga fiel y correspondiente su imagen literaria con el objeto real. Exigencia que parece legítima de hacer porque concordaría con la intención del narrador, frecuentemente declarada en su discurso, de construir una narración “arrimada a la verdad”, “desnuda de artificio”, lo que se cumple en el modo verista de representación utilizado para el relato de hechos históricos —al punto de haber permitido lecturas de *La Araucana* como “crónica rimada” de la etapa inicial de la Conquista de Chile. Sin embargo, no rige el mismo criterio en el plano del discurso descriptivo y de caracterización. Naturaleza, paisaje y hombres de Chile se representan convencionalmente, revestidos con formas que los asimilan a figuras y tipos de la tradición literaria clásica y renacentista: héroes homéricos y virgilianos encarnados en hombres de Arauco; sufrientes y leales amantes, heroínas de novelas amoroso-cortesanos en sus mujeres; “locus amoenus” o típico escenario épico, o recónditos ámbitos de ocurrencia de prodigios y fenómenos extraordinarios, en el espacio de Arauco.

Este hecho, revelador de la gravitación de los modelos literarios tradicionales en la creación de Ercilla, mueve a preguntarnos por la función y sentido que cumple dicha modalidad descriptiva y de caracterización, sustento de la imagen del medio chileno en *La Araucana*.

<sup>25</sup> Así lo formula Eduardo Solar Correa quien atribuye la “ausencia del paisaje” en el poema a la condición guerrera de Don Alonso quien “perdido en el fragor de las batallas, deslumbrado por el temple indomable del araucano que se mostraba capaz de resistir a quienes él juzgaba irresistible no reparó en lo más admirable que Chile podía ofrecerle: Su naturaleza”. “El poema de Ercilla”, *Atenea* año v, N° 7 (sept., 1928) pp. 173-183 y N° 8 (oct. 1928) pp. 244-253. Cabe recordar el juicio de Mariano Latorre en *La Literatura de Chile*, Bs. As., 1941, quien también atribuye “la ausencia del paisaje” en el poema a una restricción en la perspectiva de Ercilla a quien “le interesó en primer plano la calidad humana de los hechos y el escenario se le escapó” (op. cit., p. 41), derivando de allí una limitación del poeta y de su creación: “y es que Ercilla no fue un verdadero poeta en el alto sentido de la palabra. Viajó con un paisaje convencional, formado por su educación clásica. Así al mirar el encaje de un coigüe o la simetría de un alerce, no vio sino árboles como todos los árboles que conocía...” (op. cit., p. 41). También alude al asunto Miguel Ángel Vega en *Historia de la literatura chilena de la conquista y de la colonia*, 2ª ed. Santiago, Nascimento, 1980, tomo I pp. 122-124, si bien luego reconoce que “el poeta tuvo la visión directa del paisaje chileno” (pp. 124-125), atrayendo algunos ejemplos al respecto.

Para dar una respuesta, será necesario hacer algunas observaciones generales sobre el poema.

Como se sabe, *La Araucana* se propone narrar la lucha de españoles y araucanos, para destacar su heroicidad y hacer de los hechos y de sus protagonistas, objetos de la fama. El asunto propuesto se desarrolla en una narración sostenida por Ercilla narrador, que se relaciona con la historia alternadamente como poeta, testigo y protagonista y que, en cualquiera de esas tres dimensiones, la interpreta desde un sistema de ideas, conceptos, nociones y valores que conforman una perspectiva ideológica identificable como la propia de un poeta cortesano y humanista español del Renacimiento. Desde esa perspectiva, la guerra de Arauco es interpretada inicialmente como una manifestación justa y legítima de la guerra que sostiene el Imperio español, pueblo cristiano, en cumplimiento de la misión que Dios le ha asignado de instaurar, mantener y restablecer en el mundo el orden y la legalidad fundados en la fe, los principios y valores del cristianismo. Guerra que sostienen los soldados españoles no sólo contra bárbaros araucanos, servidores del Eponamón, el demonio, sino contra herejes y rebeldes franceses, malos súbditos limeños, infieles turcos.

Esta concepción de la guerra justa cohesiona y da sentido a la variedad de acciones bélicas narradas y se manifiesta como convicción del narrador en la primera parte del poema. Sin embargo, desde la segunda parte se intensifican los indicios de un cambio en la conciencia del narrador, el que a partir del canto xxiii se enuncia abiertamente o a través de personajes que son voceros de una diferente interpretación de la guerra. Ese cambio se motiva en la experiencia de Ercilla testigo y protagonista del acontecer quien, en su desplazamiento por el espacio araucano, ha ido recogiendo múltiples manifestaciones de soberbia, ambición desmedida, falta de misericordia, crueldad, rigor desmesurado en los actos y conductas de los soldados españoles y también, su contrapartida, nobles acciones araucanas. Esta experiencia va suscitando dudas acerca de la legitimidad de la guerra que se va comprendiendo como acción destructora, desvío y transgresión de los principios cristianos que sustentan el Imperio y de las normas que debieran inspirar la conducta de sus agentes y representantes. En gradual intensificación, el testigo y protagonista vive la alteración del mundo provocada por la guerra y la dolorosa experiencia de la pérdida y anulación de muchos valores y ello se traduce en un cambio de la perspectiva narrativa que va provocando también la transformación del poema. Con concepciones que derivan del pensamiento lascasiano sobre la conquista, el narrador afirma la ilegitimidad y tiranía de la guerra, denuncia injusticias y asume la defensa de los derechos de los vencidos

en quienes, más que bárbaros ve hombres y pueblos que, en lo esencial, no difieren de los europeos. El entusiasmo, la elevación del estilo, el acento épico con que se narra en la primera parte una gesta heróica, ceden para dar lugar a la discusión de la guerra y expresión al sentimiento de repudio y desengaño que ella provoca cuando se desarrolla como empresa de crueldad, inspirada en ambiciones e intereses mezquinos muy distantes del fundamento original y cuando se perciben sus efectos devastadores.

La narración de la guerra de Arauco adquiere así, el sentido de un proceso de deterioro del mundo imperial, de tránsito entre la grandeza y la declinación, generado en el desvío y transgresión de los principios, valores y normas cristianos que sustentan el Imperio. Proceso que además afecta a todos los personajes protagonistas y secundarios del poema. Ello y la representación de las situaciones, hechos, conductas y personajes como casos que ilustran condiciones generales del mundo y de lo humano, universalizan el sentido del poema y erige la imagen de Arauco y del acontecer que en él se desarrolla, como cifra o símbolo del mundo y de la existencia en los que los actos transgresores de los hombres determinan la caída y marcan el proceso como inevitable tránsito desde la plenitud al deterioro, de la grandeza a la miseria, de la felicidad al infortunio.

Esta pesimista y desengañada visión del mundo que sustenta Ercilla narrador se ha ido configurando en la personal experiencia del mundo de Arauco adquirida por Ercilla, personaje y testigo de los acontecimientos. Experiencia que en el poema se presenta como peregrinaje por el mundo que, más que un desplazamiento por distintas áreas espaciales, adquiere el sentido de proceso interior de tránsito entre distintos estados del ser, de viaje de lo superficial a lo profundo, de lo aparente a lo real, del error a la verdad, de la ilusión al desengaño. Esta experiencia decisiva, que modifica la conciencia de Ercilla y constituye un proceso interior de crecimiento, de transformación del "ser en otro ser", se va configurando en el curso total de la narración, pero se condensa y simboliza en los cantos xxxv y xxxvi del poema, en los cuales, el narrador Ercilla personaje narra su viaje al confín austral del territorio chileno que culmina en el encuentro de islas pobladas por hombres naturales hasta las cuales no han llegado los vicios de la civilización, ni las fuerzas corruptoras de la violencia. Ese mundo no alterado por la guerra, que vive en estado de inocencia y plenitud, se le revela a Ercilla como el paraíso original que luego los hombres, con sus

actos inspirados en la codicia, la ambición y la violencia, han transformado en ámbito degradado<sup>26</sup>.

En dos estrofas del canto 36<sup>27</sup>, se expresa esa situación en la que parece condensarse la experiencia de conocimiento del mundo y de sí mismo que transforma profundamente a Ercilla convirtiendo al soldado, actor y testigo de la historia, en el poeta que al narrarla, la interpreta descubriendo su sentido en un discurso que es también proceso de tránsito entre confusas y erróneas apariencias y verdades esenciales, discurso que se estructura en un poema propuesto como denuncia de vicios e injusticias y defensa de valores y derechos, para concluir como amargo llanto que expresa radical desengaño de toda realidad terrena. Esta alteración del plan original, la variación de la estructura del poema, que suscita el problema de su determinación genérica, se nos revela también como figura de mundo y existencia sometidos a mudanza, transeúntes, peregrinos por caminos que apartan del origen y conducen a regiones muy distantes de aquellas en que se definiera su condición primera y auténtica.

Concordando con ese sentido que la narración imprime a la historia y a la realidad representada en el poema, el discurso descriptivo en *La Araucana* no pretende la representación realista y objetiva del territorio de Arauco, sino cifrarlo como espacio donde ocurre ese tránsito configurando una imagen que lo simboliza como mundo, en el sentido de ámbito total y de espacio interior de la conciencia donde se desenvuelven estados diferentes del ser y la existencia. Para ello, el narrador utiliza los recursos con que la tradición ha fijado las imágenes de lugares, paisajes y espacios míticos y primordiales, símbolos de mundo, de estados de existencia o de conciencia. Por lo tanto, la descripción del paisaje en *La Araucana* responde al simbolismo espacial y requiere ser

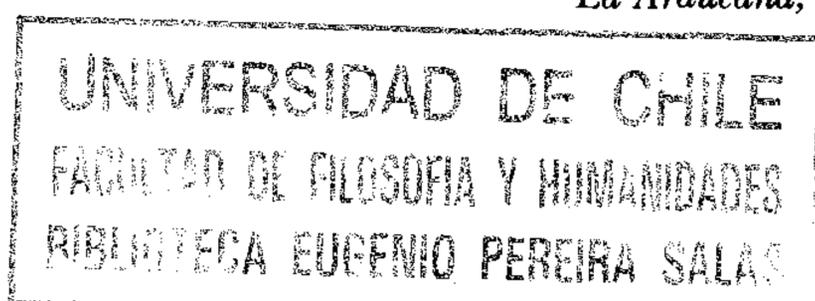
<sup>26</sup>El análisis e interpretación de los cantos xxxv y xxxvi de *La Araucana* como relato del viaje mítico del héroe, se desarrollan en el trabajo de Juan Durán Luzio "La Araucana, historia y tradición arcádica", en su libro *Creación y Utopía, Letras de Hispanoamérica*, Heredia, Ediciones Universitaria Nacional de Costa Rica, 1979, vid. pp. 33-52.

<sup>27</sup>Las dos estrofas aludidas 13-14 del canto xxxvi, son las siguientes:

"La sincera bondad y la caricia  
de la sencilla gente de estas tierra  
daban bien a entender que la cudicia  
aun no había penetrado aquellas sierras  
ni la maldad, el robo y la injusticia  
(alimento ordinario de las guerras)  
entrada en esta parte habían hallado  
ni la ley natural inficionado.

Pero luego nosotros, destruyendo  
todo lo que tocamos de pasada  
con la usada insolencia el paso abriendo  
les dimos lugar ancho y ancha entrada;  
y la antigua costumbre corrompiendo  
de los nuevos insultos estragada  
plantó aquí la cudicia su estandarte  
con más seguridad que en otra parte"

*La Araucana*, op. cit., vol. II pp. 381-382



*interpretada* y no sólo *reconocida* y *juzgada* en cuanto al grado de fidelidad con que alude al objeto real de la referencia.

Así, "locus amoenus", el lugar ideal y perfecto por antonomasia, el sitio donde reina la armonía, rige la ley natural y donde los hombres se entregan al solaz y al deleite, es la imagen con que el narrador de *La Araucana* representa ámbitos del territorio araucano donde impera la paz. Son lugares de encuentro y reunión para debatir y tomar decisiones (en ellos se realizan los concilios de los jefes araucanos) o para festejar (en ellos se realizan juegos, torneos, ocasiones de entretenimiento) o para iniciar y vivir amores felices. El signo identificador es "prado verde" y su descripción en el poema se ajusta al patrón con que la lírica clásica y renacentista forja la imagen del lugar ideal<sup>28</sup>.

Como paisaje perfecto, naturaleza en plenitud y armonía, es símbolo del mundo y de la existencia en su estado original, en la perfección primera anterior al acto transgresor, a la caída que determinará su transformación negativa posterior. Como momento dentro de un proceso, es Edad de Oro, paraíso, "Primera Edad", regida por las leyes de la naturaleza y la armonía en la relación de todos sus elementos. Por

<sup>28</sup>Ejemplo ilustrativo de lo dicho, constituyen estas dos estrofas del Canto 1 donde se describe el sitio elegido por los jefes de Arauco como lugar para sus consejos:

Hácese este concilio en un gracioso  
asiento de mil florestas escogido  
donde se muestra el campo más hermoso  
de infinidad de flores guarnecido;  
allí de un viento fresco y amoroso  
los árboles se mueven con ruido,  
cruzando muchas veces por el prado  
un claro arroyo limpio y sosegado,

De una fresca y altísima alameda  
por orden y artificio tienen puesta  
en torno de la plaza, y ancha rueda  
capaz de cualquier junta y grande fiesta,  
que convida a descanso, y al sol veda  
la entrada y paso en la enojosa siesta;  
allí se oye la dulce melodía  
del canto de las aves y armonía.

(*La Araucana*, op. cit., vol. 1 p. 138).

El collado, a cuya cumbre, Belona transporta a Ercilla en el sueño narrado en el canto xvii, se halla en medio de un "locus amoenus". Su descripción en las estrofas 44 a 48 (op. cit., pp. 44-45) responde al tópico clásico y atrae ecos garcilasianos inequívocos (el verso "el blanco lirio y encarnada rosa", que varía sólo en el adjetivo de rosa, "colorada" en Garcilaso). Pueden allegarse varios otros ejemplos. Sobre la tónica del lugar ideal, Curtius, op. cit., vol. 1 pp. 273-286.

eso, en el poema, es el escenario de las acciones del tiempo de la paz, del momento en que aún no se dejan sentir los efectos trastornadores de la guerra.

Pero ese estado de existencia no es duradero, es frágil y, como todo paraíso, se pierde por acción humana que, al trasgredir las normas y la ley natural, rompe la armonía, destruye la perfección, altera y trastorna la realidad. En el poema, son los vicios humanos, soberbia y codicia especialmente, las fuerzas corruptoras del mundo, las que desatan la guerra que degradará al hombre y a la naturaleza.

En un primer momento, ello se muestra en la modificación esencial que sufre el paisaje por la acción bélica de los hombres de ambos bandos que construyen fosos, fortalezas, cercados, e imprimen en la tierra el sello de las armas, convirtiendo el “prado verde” en escenario épico, en campo de batalla donde se realiza una magna gesta<sup>29</sup>. Pero en la medida en que se exacerba la violencia y cambia la perspectiva del narrador, la descripción destaca el cambio de color del prado, que de verde se torna colorado<sup>30</sup>, y le asigna el carácter de lugar donde yacen cadáveres y los despojos de las batallas las que a su vez, se narran intensificando sus rasgos de horror y crueldad hasta extremos que en muchos casos lindan con lo macabro<sup>31</sup>.

El escenario épico, el espacio heroico se va transformando así en campo enrojecido por la sangre de los combatientes, testimonio de una acción no heroica, sino destructora que igualmente arrasa la naturaleza y las obras construidas por el hombre. Paisaje natural y urbano por igual muestran los efectos devastadores de la acción bélica, son dominio de la muerte y la destrucción. Su imagen de ruina y desolación sirve al propósito que anima al narrador de denunciar la ilegitimidad de esa guerra; pero básicamente, en cuanto imagen de ámbito alterado y corrompido por la violencia y las potencias del mal, se establece como

<sup>29</sup>Muchos momentos del texto muestran la transformación de lugares, accidentes geográficos y elementos naturales en medios de ataque y defensa, como resultado de una acción —araucana y española— que opera sobre la naturaleza con criterio bélico o estratégico. Véase, por ejemplo Canto I, estrofas 28-32, op. cit., Vol. I pp. 135-136; Canto IV, estrofas 90-97, Vol. I pp. 223-224; Canto XVII, estrofas 23-26, Vol. II pp. 38-39.

<sup>30</sup>“Cubre la roja sangre todo el prado / tornándolo de verde colorado” (Canto III, op. cit., Vol. I p. 182).

<sup>31</sup>Combatientes desfallecidos que se arrastran en el “lodo y la sangraza” en escenas que sobrepujan en horror a las del “crudo Sila” y del “Nerón sangriento”, Canto XV, estrofas 45-48, op. cit., Vol. I pp. 421-422; o cercenamiento de miembros en batallas donde la muerte se enseñorea del campo cubriéndolo de sangrientos despojos y donde además los cadáveres de los indígenas ajusticiados cuelgan “de los árboles al viento”, (Canto XXVI, estrofas 19-22, op. cit., Vol. II pp. 210-211), son algunas de las muestras de este modo de narrar los horrores de la guerra en el poema.

símbolo del mundo, de realidad terrena donde se desenvuelve el estado de existencia posterior a la caída, al pecado que ha conducido a la pérdida del paraíso. Es la existencia en la Edad de Hierro definida en su extravío, separada de su centro, alejada de su origen, en la que se debate el hombre dolorosamente, en ardua lucha por sobrevivir y en permanente intento de recuperar el paraíso, de encontrar el camino que lo oriente otra vez hacia el centro, que lo reintegre al origen o que al menos, le conduzca hacia ámbitos cordiales que ofrezcan un reparo a su experiencia de desgarró y sufrimiento.

En esa búsqueda, Ercilla, personaje de *La Araucana*, se adentra por recónditas regiones, situadas fuera del espacio donde ocurre la guerra. Espacios interiores, como los del sueño que le abren a otras dimensiones, o territorios ignorados, ocultos entre enmarañadas selvas, subterráneas cuevas donde Ercilla llega luego de pasar riesgos y duras pruebas y vive experiencias decisivas al revelársele misterios y verdades esenciales que lo transformarán profundamente.

Dos momentos de la narración son especialmente significativos: el encuentro de Ercilla con el mago Fitón y su conocimiento de las islas del archipiélago de Chiloé<sup>32</sup>. Ambos episodios se estructuran como narración de un viaje dificultoso hacia regiones desconocidas a través de un territorio que se describe como región de difícil acceso, de áspera condición, donde los accidentes del terreno y las convulsiones naturales hacen penoso el camino, ofrecen ingentes dificultades para abrirse paso, ponen en riesgo de extravío y amenazan al héroe con el hambre, la fatiga, la muerte. Territorio que tiene en ambos casos la configuración de la selva dantesca y en el cual el héroe debe enfrentar obstáculos poderosos, peligrosas pruebas que sólo superándolas le abren acceso a lugares excepcionales: al mundo subterráneo de la cueva de Fitón, el marítimo del Seno del Reloncaví y de las islas de Chiloé, donde el personaje vive experiencias decisivas para su conocimiento del mundo y de sí mismo. La magia de Fitón le revela a Ercilla el Imperio español en su ascensión que culmina en Lepanto, en su dominio universal, pero también en su declinar posterior<sup>33</sup>; las islas de Chiloé le muestran un mundo ideal, una sociedad perfecta, la realización de la Utopía, en él vive la experiencia de recuperación del paraíso, pero, a la vez, la imposibilidad de poseerlo por estar obligado a regresar a su mundo

<sup>32</sup>Materias de la narración desarrolladas, respectivamente, en los Cantos xxiii, pp. 141-158 y en los Cantos xxxv y xxxvi pp. 365-386 del Vol. II de la Edición de *La Araucana* aquí utilizada.

<sup>33</sup>La profecía de España hecha por Fitón ocupa las estrofas 43-44 del Canto xxvi, op. cit., Vol. II, pp. 216-217.

habitual; pero más aún, al momento de narrar, se le revela su pérdida definitiva porque, con posterioridad, la violencia y la codicia de los hombres plantaron su estandarte en ese mundo “con más seguridad que en otra parte” y lo destruyeron para siempre<sup>34</sup>.

Los dos episodios se presentan como unidades narrativas armadas sobre el esquema del relato del cumplimiento de una tarea dificultosa, de la aventura heroica, la que al desarrollarse como un viaje, actualiza además el tipo de relato originado en el de Ulises en *La Odisea* que, como se sabe es viaje de retorno a Itaca, hacia el encuentro de la patria, del hogar, luego de haber andado extraviado por el mundo, y cuyo sentido simbólico es el de viaje hacia el centro, hacia el origen, hacia sí mismo; no mero desplazamiento por determinadas áreas geográficas, no meras aventuras exteriores, sino viaje interior, por dimensiones de la conciencia en búsqueda de la propia identidad, del reconocimiento de lo que en verdad “soy y de mi poder ser”. Viaje en fin, “desde las cosas exteriores hacia las cosas interiores”<sup>35</sup> que confiere identidad a su agente, lo define en su auténtica y esencial condición, lo hace ser otro ser.

Y así como el viaje es símbolo de ese proceso, el paisaje lo es del ámbito interior en que él ocurre, de distintas dimensiones y estados de conciencia. Así la descripción destaca la dominancia del elemento selva, la forma abrupta y complicada del terreno, las convulsiones naturales y la dificultad de encontrar rumbo y orientación por la espesura, oscuridad, accidentes naturales. Con ello simboliza el estado de confusión, de extravío, de alteración de la conciencia, la pérdida de centro que arroja al ser en medio de potencias oscuras, tenebrosas que le amenazan con la aniquilación. La lucha por hallar un camino, el hacérselo con arduo esfuerzo es la lucha interior, el “camino de las pruebas” por reencontrar el equilibrio, recuperar el centro, reconocerse en la identidad propia y auténtica, lucha que finalmente se resuelve en el acceso a un

<sup>34</sup>Véase nota 27.

<sup>35</sup>Aludiendo a las *Confesiones* de San Agustín, como “ejemplo paradigmático” de un tipo de relatos en los cuales el regreso al origen deja de ser una fase preparatoria del relato principal, y no requiere la duplicidad de un viaje circular”, Paul Ricoeur en “La función narrativa y la experiencia humana del tiempo” precisa el sentido de ese viaje como una forma “interiorizada hasta el punto de que no existe lugar privilegiado en un espacio al cual se pudiese regresar. Es un viaje “de cosas exteriores hacia las cosas interiores, de cosas interiores hacia las cosas superiores”. Dentro de esas formas narrativas, cuyo modelo es el creado por San Agustín en sus *Confesiones* que inicia una tradición continuada por Rousseau, Proust, entre otros, cabría incorporar la narración de Ercilla en el aspecto que se destaca en este trabajo. El ensayo de Ricoeur se encuentra en *Texto, testimonio y narración*, Santiago, Ed. Andrés Bello, 1983. Traducción, prólogo y notas de Victoria Undurraga. Las citas corresponden a la p. 84.

nivel inferior, la cueva o en el encuentro con el mar, ambos símbolos de centro, ámbitos de síntesis y equilibrio, potencias femeninas generadoras de vida<sup>36</sup>, donde nace el hombre nuevo, donde el viajero extraviado, acosado y en riesgo de perecer, encuentra su puerto, su cobijo, se reconoce en su identidad y se transforma en otro ser.

Así, desde el nivel de la estructura profunda de *La Araucana*, en el plano de su sentido más universal privilegiado aquí por una lectura apoyada en elementos pertenecientes a distintos planos de la estructura narrativa —especialmente los concernientes al narrador y a su conciencia y función interpretativa— afirmo el carácter simbólico que adquiere el paisaje en el poema y la pertinencia de su representación en un discurso descriptivo construido con los elementos que la tradición literaria ofrece para la descripción del paisaje mítico o arquetípico, descartando el modo realista de la representación. No se trata, pues, de una “insuficiencia” del poeta o del poema<sup>37</sup>, sino, por el contrario, de una cualidad que realza tanto su estatuto literario como su valor estético y moral.

## V

Un grado importante de simbolización adquiere también la naturaleza chilena en la descripción de ella que ofrece la *Histórica relación del reyno de Chile...* escrita por Alonso de Ovalle y publicada en Roma en 1646.

Motivada en el propósito de atraer misioneros a Chile para continuar la labor evangelizadora de los jesuitas y en la comprobación que Ovalle tiene en Europa del escaso conocimiento que allí existe sobre nuestra tierra, la obra se propone satisfacer esta carencia, entregando una detallada información sobre la realidad de Chile, en su naturaleza y en su historia, a quien no la conoce; en esa dimensión, actualiza el tipo discursivo del “obscurum genus”, pero subordinándolo al propósito de relatar y dar testimonio de “las misiones y ministerios que ejercita en Chile la Compañía de Jesús” y de persuadir a los religiosos acerca de la conveniencia de venir a Chile a continuar la labor evangelizadora.

Estas motivaciones, determinantes de la producción de la obra, inciden en la estructuración del texto como “relación histórica”, y no

<sup>36</sup>Vid. Cirlot, Juan Eduardo, *Diccionario de Símbolos*, 4ª ed. Barcelona, Ed. Labor S.A., 1981 (Nueva Colección Labor) pp. 190-192 y 326 (Espacio y nivel); pp. 122 y 161-162 (Caverna y cueva); pp. 54-56 (aguas); p. 298 (mar).

<sup>37</sup>Vid. supra p. 22 y nota 25.

como “perfecta historia”<sup>38</sup> y en la situación de enunciación del discurso, emitido por un hablante que se representa básicamente como un criollo, oriundo de la tierra de Chile, ligado a ella por origen y por lo tanto, conocedor de ella por su personal experiencia.

Ya esta condición de criollo del hablante determina diferencias respecto a los discursos anteriores por la relación íntima, afectiva que se establece entre el hablante y el objeto de su referencia, la que se acentúa al mediar entre ambos la separación espacial, puesto que el hablante emite su discurso desde la distancia, situado en el “aquí” indicativo del espacio europeo donde se realiza su acto de enunciación. Esa distancia espacial, además de generar algunas limitaciones en el manejo de la información, condiciona la perspectiva del hablante, definiéndola como evocación marcada por el sentimiento de nostalgia de la tierra natal; esta emotividad traspasa el discurso confiriéndole acentuado lirismo especialmente en los momentos de descripción de la naturaleza chilena. Ello, unido a la tendencia historiográfica barroca de construir una obra cuya unidad se alcanza en la perfecta armonía e integración de las partes, sin que éstas pierdan su autonomía, otorga al discurso descriptivo de Ovalle un grado mayor de relevancia y significativas diferencias en relación con sus manifestaciones en los textos del siglo XVI, ya considerados.

En primer lugar, la descripción del medio chileno se presenta con autonomía formal al ocupar los tres primeros libros de los ocho que componen la obra de Ovalle. Los libros primero y segundo describen la naturaleza y el tercero caracteriza a sus habitantes. Así, la descripción constituye una unidad independiente del discurso narrativo de hechos históricos civiles (Libros IV al VII) y de hechos eclesiásticos, materia del libro octavo y final.

Sin embargo, ya en el “Prólogo”, el autor advierte que el objeto principal de su discurso son *los misterios de las almas en que se ocupa nuestra compañía de Jesús en el Reino de Chile*<sup>39</sup>, materia de un discurso narrativo que, con la forma de la *historia eclesiástica*, tiene por función, en este caso, relatar la labor evangelizadora de los jesuitas, destacar su valor para promover la venida de misioneros. Advierte también que, para

<sup>38</sup>Walter Mignolo alude a esta identificación del texto como *histórica relación*, distinguiéndola de “general historia” y de “historia universal” en las pp. 92-93 de su ya citado trabajo. Considera Mignolo que la razón posible de esa determinación y distinción, tal vez sea “La falta de información con la que emprende tal trabajo” (el de constituir un texto que proporcione información sobre el desconocido Chile, a los europeos, estando en Europa, circunstancia que restringe la consulta y manejo de fuentes documentales, necesaria a Ovalle y frecuentemente aludida en el texto).

<sup>39</sup>Ovalle, Alonso de, op. cit., p. 5.

instaurar ese discurso fundamental y cumplir con la función que le asigna le fue necesario ocuparse previamente del “sujeto de esos empleos” —el Reino de Chile— que, por ser tan desconocido, demandó una extensa referencia (siete de los ocho libros que componen la *Histórica relación* se refieren a él, en su naturaleza y en su historia).

Estas advertencias nos indican que el texto de Ovalle es entretretejimiento de tipos discursivos y formas textuales diversos y a la vez que hay un discurso dominante, principal, el narrativo de hechos religiosos, propio del tipo textual *historia eclesiástica*, que confiere unidad y subordina a los restantes: al descriptivo, propio de la ‘relación’ y de la historia natural, al caracterizador y narrativo, de la historia moral (que en Ovalle se da además con las variantes indígena y española) y al narrativo de la historia civil, todos los cuales convergen y se integran para configurar ese discurso fundamental que adquiere un sentido más amplio y trascendente al proponerse revelar *la fuerza y eficacia de la divina gracia en los buenos efectos que se han comenzado a experimentar en la conversión de aquel rebelde gentilismo*<sup>40</sup>. Con ello el discurso narrativo de los hechos de los jesuitas en su forma de historia eclesiástica adquiere el sentido de discurso religioso no sólo orientado a relatar hechos de los jesuitas en Chile, a destacarlos en su valor para atraer misioneros, sino básicamente a manifestar la presencia de lo divino para mover los espíritus a la fe, la devoción y el culto de la divinidad. Tal discurso, al subordinar a los restantes, les confiere su carácter, función y sentido y fija en valores religiosos el principio de cohesión y unidad de la obra. Esta se constituye así en manifestación contrarreformista de la historiografía, la cual, al igual que la literatura y en general el arte, se concibe desde el Concilio de Trento, como expresión del catolicismo militante, como instrumento de la fe.

Ese sentido religioso de la obra de Ovalle se manifiesta en su misma arquitectura o estructura formal, construida por sucesión de libros articulados en una gradación que va desde la inicial descripción de la naturaleza y la caracterización de los habitantes originarios de Chile, a la narración de la historia civil, para, convergiendo como en un centro, culminar en la narración de hechos religiosos en el libro final.

La organización del texto traza así la figura de una pirámide o escala que conecta el plano terreno, físico, geográfico, natural e histórico con el plano superior del espíritu, de la fe, en un tránsito, camino o viaje “desde las cosas exteriores a las interiores y desde éstas a las superiores”<sup>41</sup> que tiene clara dirección ascendente.

<sup>40</sup>Ovalle, Alonso de, op. cit., p. 5.

<sup>41</sup>Vid, nota 35.

Este diseño o figura piramidal del texto como totalidad, se replica también en sus partes componentes y en unidades internas de ellas. Libros, capítulos, unidades de éstos establecen al discurso descriptivo o narrativo como base o fundamento del discurso religioso en una disposición que, con frecuencia, articula el discurso como un proceso que avanza desde un comienzo en el que narración y descripción ostentan el grado mayor de referencialidad, objetividad y realismo en la representación hacia una progresiva reducción de dichas cualidades, en la medida en que aumentan las marcas de la presencia de la subjetividad del hablante; el discurso se aproxima entonces a lo lírico, en cuanto expresa una interioridad conmovida por la nostalgia o el fervor religioso y muchas veces, el proceso discursivo culmina en una unidad de alabanza al Creador o de proclamación de valores religiosos. Y en la medida que el discurso se interioriza, entran en él figuras, símbolos y variados recursos de estilo y lenguaje que le confieren mayor figuración, además de otorgarle carácter de discurso cuidadosamente elaborado.

Especial relieve alcanza esta modalidad discursiva en la descripción de la naturaleza chilena. Desde la visión y perspectiva con que el hablante de la *Histórica relación...* observa e interpreta la realidad chilena, naturaleza e historia de Chile son ámbitos donde se manifiesta “la fuerza y eficacia de la divina gracia”, espacios donde Dios se hace presente y se muestra a los hombres ya sea en la magnificencia de la naturaleza, creación divina, o en los hechos heroicos o de construcción del Reino de Chile realizados por los hombres y regidos por la Providencia que actúa en la historia encaminándola hacia el cumplimiento de la misión de extender la fe cristiana, convertir infieles y preparar así el Reino de Cristo en la tierra.

Por eso, la descripción de la naturaleza chilena en los dos primeros libros de la obra de Ovalle, se desarrolla desde una perspectiva que privilegia sus aspectos positivos, su óptima condición y la variedad de sus elementos y manifestaciones. En un discurso panegírico que asume la forma de la ‘laus’, de la alabanza o elogio de la tierra natal, se instaura la imagen de Chile que ya conocemos: “tierra de la abundancia”, rica, feraz, pródiga en frutos; y también lugar de convergencia e integración de los más variados y diferentes elementos naturales, incluso armónica conciliación de contrarios; espacio de prodigios y maravillas reales; idílico “locus amoenus”, bosque, selva, floresta mixtos<sup>42</sup>, jardín, paraí-

<sup>42</sup>Para los tópicos “bosque mixto” o “selva o floresta mixtas”, pertenecientes al repertorio disponible para construir discursos de elogio de lugares naturales, concebidos como ideales, vid, Curtius, op. cit., pp. 279-280.

so terrenal; en definitiva, lugar ideal, ámbito propicio para la contemplación y el deleite, pero también para la acción creadora del hombre favorecida por tan excepcional naturaleza.

Acogiendo todos los tópicos propios del discurso panegírico de la tierra en la tradición clásica y los ya consagrados en el discurso descriptivo del Nuevo Mundo y de Chile por los textos del siglo XVI, el hablante reitera la ya conocida imagen del país como lugar ideal, el mejor del mundo para vivir y realizar las humanas aspiraciones.

Sin embargo, la imagen presenta en Ovalle rasgos diferentes a los observados en los discursos anteriores. Las diferencias derivan, primeramente, del hecho de que el discurso fundador de esa imagen está traspasado de la afectividad del hablante: admiración, amor y nostalgia del criollo por su tierra natal lejana, por una parte, y religioso sentimiento de hombre de Iglesia, del jesuita, por otra. En segundo lugar, el discurso de Ovalle, a diferencia de los "cronistas" del siglo XVI, no se limita a constatar la existencia de hecho o la ocurrencia de fenómenos, ni sólo a señalar propiedades de los elementos y expresar una actitud frente a las objetividades que hace materia de su discurso, sino que además persigue la "armonía discursiva", el perfecto acuerdo de las partes y elementos componentes, los que se integran en un proceso discursivo de cuidadosa elaboración dentro del cual "la descripción es una de las estructuras privilegiadas para ejercer el estilo elevado del discurso"<sup>43</sup>.

Este cambio del lenguaje historiográfico determina que en los discursos del siglo XVII encontremos "descripción de paisaje" antes que "descripción de la naturaleza", como ocurría en los textos del siglo XVI. Así en Ovalle, donde el discurso —en su misma armoniosa articulación, en su notable elaboración estilística— representa a los elementos de la naturaleza chilena como conjunto organizado con unidad y sentido, como paisaje que es perfecta obra creada por la divinidad, tierra bendita, privilegiada y elegida por Dios para manifestarse. Belleza, abundancia, riqueza, variedad, grandeza, fuerza, poder de los elementos naturales componen un paisaje ideal, perfecto, creación de Dios y signo tangible de la presencia, atributos y espíritu del Creador.

Magníficos ejemplos de la modalidad descriptiva en el texto de Ovalle, constituyen los ya clásicos capítulos V y VII del Libro I de la *Histórica relación...*, dedicados a la descripción de la cordillera y a la

<sup>43</sup>Este cambio, que diferencia a la historiografía del siglo XVII de la del siglo anterior, lo señala Walter Mignolo, op. cit., pp. 92-94, especialmente p. 93, lugar de donde provienen las citas y referencias de este párrafo de mi trabajo y del siguiente.

narración de una experiencia de ascenso a sus cumbres y a la descripción de fuentes, ríos y arroyos de Chile, respectivamente<sup>44</sup>.

En las unidades discursivas iniciales y en el plano de superficie, la descripción refiere a los objetos de modo realista y objetivo, con fidelidad geográfica determina latitudes, mide distancias y magnitudes, señala límites, etc. Pero en la medida de su desarrollo la descripción geográfica, como se ha dicho, va adquiriendo otro carácter.

Considerando el capítulo v, se observa que el discurso descriptivo de la cordillera se organiza en torno a un eje de altura que permite distinguir dos planos en la realidad representada: lo alto/lo bajo; cumbres cordilleranas/tierra; cielo/suelo. Dentro del discurso geográfico, esta oposición señala espacios físicos diferentes. Sin embargo, la recurrencia de figuras que enfatizan el sentido de contraste —especialmente relevantes en el plano de la construcción sintáctica del discurso<sup>45</sup> va cargando la descripción de matices que sugieren el sentido religioso de ella: Cumbres cordilleranas como espacio superior son aproximaciones a *cielo* y este es el ámbito de la hermosura, de la claridad, la luz radiante, el espacio infinito, ilimitado, carente de perturbaciones y alteraciones; desde él, *suelo, tierra*, el espacio inferior es el sector afectado por la violencia de aguaceros y tempestades, el territorio oscurecido donde ocurren las convulsiones<sup>46</sup>.

De la misma manera, el discurso descriptivo de fuentes, ríos y arroyos, en el capítulo vii, con su construcción basada en estructuras sintácticas plurimembres, se va convirtiendo en algo más que mera referencia a esos elementos de la geografía chilena<sup>47</sup>. Figuras a nivel

<sup>44</sup>Ovalle, Alonso de, op. cit., Capítulo v “De la famosa cordillera de Chile” pp. 28-32; Capítulo xvii “De las fuentes, ríos y arroyos de la Cordillera”, pp. 34-37.

<sup>45</sup>Abundan casos de paralelismo de construcción, de significado antitético, reforzados por aliteraciones y similicadencias, como el siguiente: *El arcoiris que se ve desde la tierra atravesar el cielo, le vemos desde estas cumbres tendido por el suelo, escabelo de nuestros pies...* Ovalle, Alonso de, op. cit., p. 31.

<sup>46</sup>*Se desgajan las nubes de agua y inundan la tierra, como lo he visto muchas veces que, tendiendo la vista hacia abajo, miraba que llovía con gran fuerza, y al mismo tiempo que estaba contemplando de lejos tempestades deshechas y copiosos aguaceros en la profundidad de valles y quebradas, levantando los ojos al cielo, admiraba la serenidad que en todo él se veía, sin una nube que turbase el aire ni pudiese impedir su hermosa vista.* Ovalle, op. cit., p. 31.

<sup>47</sup>Ejemplo de lo dicho y de la excelencia de la prosa de Ovalle, se ofrece en este segmento: *Vense algunos (fuentes y manantiales) descolgarse de una imperceptible altura, y no hallando obstáculo en el espacio intermedio, saltar esparcido todo el golpe de agua, que suele ser muy grande, y desbaratándose en el camino en menudas gotas, hacer en la bajada hermosísima vista como de aljófara derramado, o perlas desatadas, que con la fuerza del aire que sopla, ya de esta parte, ya de la opuesta, se cruzan y entretajan entre sí, haciendo un vistoso ondeado desde el alto de su nacimiento hacia la tierra, donde convirtiéndose en arroyos, van a incorporarse con la canal principal del río, que corre por medio.*

fónico, léxico, sintáctico, imágenes, comparaciones y variados recursos de estilo y lenguaje van otorgando carácter figurado a la descripción de las aguas y haciendo del discurso mismo imagen de ellas en su fluir, en su curso permanentemente variado que se plurifica y adquiere fisonomías cambiantes y diferentes.

Así, la descripción va animando las referencias a los objetos de un significado profundo, erigiéndolos en símbolos: "axis mundi" o elemento que conecta la tierra con el cielo, es la cordillera; existencia aspirante al infinito y hombre en búsqueda de vínculo y encuentro con el espacio superior celeste, es el acto de ascensión a las cumbres; existir traspasado de temporalidad, en tránsito y flujo permanente y cambiante por un curso que va desde las altas cumbres a ese mar que espera es el sentido de esas aguas fluyentes, "aguas vivas"<sup>48</sup> de los arroyos y fuentes. Paisaje de Chile, en fin, como símbolo de mundo y existencia, concebidos desde un punto de vista fundamentalmente religioso en el discurso descriptivo de Ovalle el que en sí mismo, en su estructuración y estilo se torna cordillera, pirámide, camino, escalera que, al conectar la descripción geográfica objetiva con la figural, establece la relación entre el objeto y su símbolo, entre lo corpóreo, material y lo espiritual, vincula al *suelo* con el *cielo*, al espacio terrestre con el celeste, al hombre con la divinidad; o se hace río originado en las altas cumbres que corre bifurcándose por cursos diferentes, transformándose en la medida que fluye orientado hacia un fin que, con frecuencia, es el discurso religioso con el cual, muchas veces, concluyen las unidades descriptivas en la *Histórica relación...* Discurso religioso que se da con la forma de alabanza al Creador, como en el capítulo v<sup>49</sup> o como referencias que, uniéndose a la sentencia, advierten sobre el límite, sobre ese fin que no es destrucción ni término definitivo, sino que es como el océano que acogerá a los ríos, a las "aguas vivas" para hacerlos nacer a vida nueva.

---

O en éste: *aquí se levantan en formas de penachos y vistosos plumajes, allí se esconden como fugitivos por las grutas y cuevas, y remanecen donde menos se piensa, haciendo espuma y cubriendo como de escarcha las piedras por donde pasan. Unas veces se extienden y explayan con mansedumbre por las peñas lisas y llanas, otras se encanalan por las cuchillas de otras, por donde se precipitan, ya culebreando como sierpes, ya dividiéndose en varios ramos y pasando por entre guijas a su centro* (Ovalle op. cit., p. 35).

<sup>48</sup>La preferencia barroca por las aguas corrientes y su sentido como "aguas vivas" en la representación artística de esa época, se desarrolla en el hermoso libro de Jean Rousset *Circe y el pavo real*, 1ª ed. Barcelona, ed. Seix Barral, S.A. 1972 (Traducción de Jordi Marfa). Vid., especialmente Cap. VI, II Parte. "El agua en movimiento" pp. 211-233.

<sup>49</sup>Ovalle, op. cit., p. 32.

## VI

### CONCLUSIÓN

La mostración de distintos modos de representar el medio chileno, como asimismo la observación de constantes y variantes en la representación y en las imágenes de Chile que ofrecen los cinco textos de los siglos XVI y XVII analizados, ha puesto de relieve un aspecto que se presenta como una constante en ellos y en el que quiero insistir. Se trata de la subordinación del discurso descriptivo a órdenes de discurso diferente y, concretamente, al narrativo de acciones humanas.

En este fenómeno recurrente en la representación del medio chileno en nuestra literatura de los orígenes se funda la imagen de la realidad chilena en estricta dependencia de la acción que el hombre ejerza en ella. Esa acción es la que puede transformar y transforma: la "tierra mal infamada" en tierra óptima para vivir en ella; la naturaleza agresiva, hostil y enemiga en ámbito de la paz, feraz y propicio; el medio bárbaro y primitivo en mundo evangelizado y civilizado, anticipo o preparación del Reino de Cristo en la tierra; la naturaleza originaria en paisaje perfecto y armonioso donde los atributos de Dios se manifiestan, o en lugar donde es posible hacer realidad sueños y anhelos humanos de una vida y sociedad mejores. Pero también, acción capaz de transformar la tierra ideal, el paraíso de los orígenes, el "locus amoenus", en campo de batalla ensangrentado, dominio de la violencia y de la muerte que aniquilan por igual a los hombres, sus obras y a la naturaleza.

Y así, en esta imagen de Chile dependiente del actuar humano, se cifra también la de la responsabilidad moral proclamada por los textos del pasado con una voz y un lenguaje que hoy, enfrentados a nuestro medio con expectativa temerosa o esperanzada de futuro, resuena con tono admonitorio y de advertencia: la tierra que heredamos y nos cobija será en definitiva lo que nosotros determinemos que sea: morada propicia para la vida y el desarrollo humanos o "tierra mal infamada", ámbito de la destrucción y la violencia.